

Primera audición

Una pared leprosa, la sombra de los cedros, y en relación directa con la mirada que parecía agudizarse (la mirada del niño Anselmo), aquellos oscuros dialectos fatales.

Sobre la arena impalpable de la bahía de mar intensamente amanecida y a distancia prudencial de todas las mujeres bajo parasoles de un tricolor brillante, el niño Anselmo ofrecería la impresión de dudar entre dos propósitos mientras camina y se detiene, mientras reinicia la marcha y cada tanto patear guijarros o desperdicios de playa.

Casi con toda evidencia llegarían a inquietarlo los golpes de martillo contra la persiana amatista sobre una especie de colina en miniatura: en el supuesto caso de cesar esos golpes se volvería plausible el descenso de su abuelo materno Oliverio Purcell y por lo tanto la restitución paulatina de la eternidad Purcell en medio del regocijo descartable de todas las mujeres.

Cada tanto levantan vuelo irregular algunas gaviotas espantadas por el niño Anselmo mientras su madre Julia en organza y sombrero aludo de paja da la impresión de cantar cuando mueve las manos porque habla con tía Graciana todavía bajo chal y extendiendo los pies descalzos para alcanzar el calor del sol sin que se le noten las rodillas.

Algo así como un bicho morado es el barco lejanísimo de marras incrustado en el horizonte esmerilándose.

Si el niño Anselmo levantase uno o varios guijarros quebraría la espera de su abuelo materno permitiéndose acaso llegar hasta la línea inestable del agua. Lo chistan, lo llaman por su nombre, abuela Olegaria podría ser presentida poniéndose de pie y adelantándose con las manos juntas hasta el resplandor: entonces se detiene y se acuclilla, la mira regresar y resignarse, poco a poco opta y levanta la lata enmohecida, marrón, áspera, castigada por las crecientes y sin mirarlas ni oírlas, con la lata contra el pecho más los hombros tibios camina a hurtadillas en dirección del médano que se refracta. Las plantas de los pies se calcinarían en el supuesto caso de que Oliverio tardase demasiado en dejar la casa para abandonarse a la cuesta.

Otras gaviotas caminan por la zona húmeda degradándose a gallinas, o palomas. Si en todo caso la lata fuese una cámara fotográfica es posible que lo desearía en pantalón blanco oxford, con gorra de visera toda azul. Lo cierto es que desistirían de llamarlo porque camina sin detenerse entre ramas como de piedra pómez: contra la pared leprosa una mano ácida, oscura, parecería cortar en dos la ansiedad pero hace un rato que cesaron los golpes y allá surge intacto Oliverio vigilado por el perro que se le adelanta con círculos de acróbata.

Cuando borda, replegada y remota, Olegaria baja los lentes. Cuando levanta la vista siempre parece buscarlo y ahora lo ve en plena cuesta y por lo tanto sonrío hacia el mar:

alguien corre a lo lejos en la dirección de un caballo inmóvil mientras las tres escenas parecen repetirse como se repiten gaviotas arrastradas por el aire muy húmedo mientras va llegando hasta el sillón de mimbre reluciente y por poco lo sientan en el centro. El perro corre como de costumbre hacia el niño Anselmo, le humedece con baba los talones, ladra hacia las olas. Entonces puede contemplar a Oliverio con pantalón blanco, con el brazo en alto, con las piernas cruzadas, llamándolo.

Se insinúa, de una manera si se quiere diáfana, la agudeza de ciertos contrastes inexplicables en particular colores, gritos demasiado distantes, el cielo sobrecargado de luz.

Por medio de gestos, de insinuaciones detalladas, el niño Anselmo hace entender entonces que posen todos para su lata. Algunas risas entrecortadas parecen denunciarlo pero sin embargo corren los sillones, reubican parasoles y posan sensatamente en una especie de sobreactuación cautelosa. Instalado de repente en línea recta indica los últimos detalles y aprisiona la lata, se adelanta algunos metros, los pone en foco, los encuadra, los consagra fotogénicos sobre arena tibia. Nuevas risas leves y entonces sí grita a toda voz la pregunta, sin desviar su vista de la lata grita la pregunta a eso de las diez de la mañana marítima, en la Argentina:

—¿Por qué estoy vivo, Oliverio Purcell?

En la pausa, en el sosiego repentino, Oliverio Purcell logra ponerse de pie: grita por su parte hacia la postal que guarden silencio, que guarden decoro, que nadie conteste nada, que nadie se permita contestar nada de nada, que nadie se permita contestar absolutamente nada de nada a ese niño.

Y volverá a gritarlo y a gesticularlo cuando rodee al grupo trastabillando a causa de sus zapatillas, circularizado por el acoso del perro.

En resumidas cuentas se encontraron sin decir palabra para permanecer inmóviles uno frente a otro a pesar de la diferencia de estatura hasta que tendría lugar la mano imprecisa en la mano del niño Anselmo, desacompañados, alejándose.

Superan poco a poco el acantilado ennegrecido. En completo silencio se sentarían mucho más adelante sobre una roca cálida rodeada de espuma y caracolas, con trasfondo de algas y corales, de erizos y cangrejos, bajo nubes demasiado rápidas en el olor de la marea estival.

A la sombra de los cedros, de los cedros plantados y después preservados por el entonces muy joven Oliverio Purcell hacedor de certidumbres, fue donde el niño Anselmo necesitaría establecer su retiro y poco más adelante construir su refugio. Escondió, como corresponde, su linterna niquelada de tres cambios bajo ramas de sauce llorón y cañas tacuaras. A su debido tiempo, empujándolas entre grandes pausas, lograría incluso trasladar dos piedras de regular tamaño para quedarse durante varios crepúsculos contenido por el techo bajo, inestable, sentado inmóvil sobre una de ellas lo mismo que si desde la otra lo atestiguase un fantasma.

Largos días monótonos de una edad incierta, a su modo inolvidable: en la casa de paredes inmaculadamente blancas de Oliverio, en plena eternidad Purcell, se consagraban las reuniones nocturnas con el crepitar del fuego más las risas altas de las mujeres. En una sola ocasión encandiló al perro que se erguiría en dos patas, intimidante, a su vez premonitorio.

Y por supuesto llegaría la tarde irremisible cuando ya se prepara la ropa para el regreso a Buenos Aires; una tarde de nieblas espesas en que urgara la costa la sirena de un barco pesquero.

El niño Anselmo buscaría a su abuelo materno por toda la casa hasta encontrarlo en el taller en compañía de su tío Agustín ¿supo que ningún nombre sería olvidado? Como hablaban casi en sordina optaría por sentarse sobre la viruta, a esperar. El olor penetrante de la caoba o del cedro se mezclaba al del tabaco de los hombres: aquella congoja de escuchar a Oliverio que a su debido tiempo camina en redondo por el taller hasta que en un momento preciso se quedarían solos, sin mirarse: una imborrable precisión de quietud, de quietud en el silencio sobre un montón de viruta olorosa a punto de cumplir un cometido tal vez madurado a lo largo de semanas, o meses, o en la ampulosidad de los sueños nocturnos.

Cuando Oliverio tendió a sentarse, él, casi al unísono, se puso de pie y reinició la marcha: un ritmo entre ambos, un acuerdo tácito. Sin embargo tendería a llegar hasta sus rodillas para tomarlo de la mano recuperando, acaso, una dificultad inexplicable. Descendieron uno detrás de otro, siempre de la mano, la escalera que crujió sobre todo en el descanso. Y los envolvería la niebla toreados por el perro, mudos, fatales, con paso difícil hasta el apogeo de los cedros.

El niño Anselmo entró primero al refugio para quedarse inmóvil sobre una de las piedras, con la linterna en la falda: Oliverio acaso exageró sus dificultades de acceso aunque optaría tácitamente por sentarse. Ya ni siquiera se escuchaba la sirena como así tampoco el viento del este contra las persianas amatista. Entonces el niño Anselmo probó los cambios contra la tierra —la tierra gris con algunas hojas más algunas hormigas— y de repente lo encandiló de manera sostenida. Se pondría de pie sin dejar de encandilarlo, en completo silencio mientras Oliverio abriría su boca porque la luz le dio en los dientes de abajo. La segunda luz recorrería el tórax para de inmediato seguir por las piernas hasta que la tercera volvió a encandilarlo, con persistencia:

—¿Qué es la muerte, Oliverio Purcell?

En este caso respondió, contra toda parquedad o sobreentendido, al cabo de una pausa relativamente prolongada, la cabeza contra las ramas de sauce llorón y cañas tacuaras:

—Es una ausencia ininterrumpida de perro.

Néstor Sánchez

